



Trad. de José Luis López Muñoz, Alfaguara, México, 2008, 682 pp.

Joyce Carol Oates

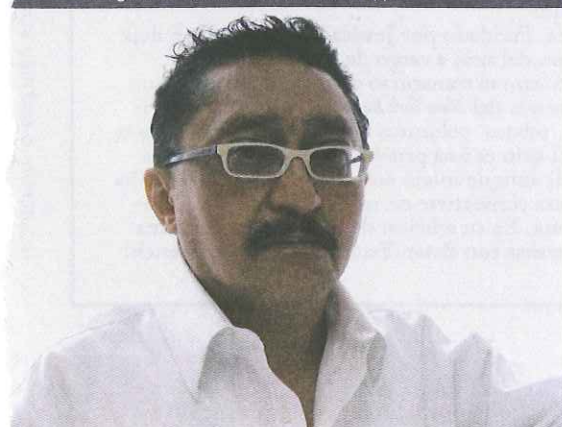
La hija del sepulturero

Una premisa de cuento de horror: el sepulturero de Chautauqua Falls, Jacob Schwart, enloquece gradualmente. Es 1936 y la tempestad de acero que está por cernirse sobre el mundo comienza a manifestarse en el patriarca de una familia alemana que ha conseguido escapar a los Estados Unidos para habitar una pequeña casa de piedra, en el camposanto de una localidad del estado de Nueva York. Con el riesgo de caer en lo melodramático, la prolífica Joyce Carol Oates (Lockport, EEUU, 1938) propone una historia sobre el Holocausto en clave intimista, cuyo disparador es un trauma que acompañará como un fantasma a su protagonista, Rebecca Schwart, la hija del sepulturero, a lo largo de la novela. Extrañamente, para Oates ello supone atenerse a convenciones de la literatura de horror (el sepulturero como heraldo de la muerte, la noche fatídica de Halloween que desencadena la locura, la doble que inventa Rebecca al huir de su pasado, los fantasmas que la visitarán). No debería sorprender, pues Oates ha incursionado en el cuento fantástico con entusiasmo (en "The Fabled Lighthouse at Viña del Mar", antologado por Michael Chabon en *McSweeney's Enchanted Chamber of Astonishing Stories*, o en su colección de 1994 *Haunted: Tales of the Grotesque*). Las características por las que Oates es conocida también están presentes (la literatura en torno a la violencia contra la mujer, la pregunta por la identidad, el instinto irredento de supervivencia). *La hija del sepulturero* (2007) llega a su mejor momento en la segunda mitad. Allí, acostumbrados al ritmo maratónico de Oates, somos testigos del modo en que una mujer se reinventa a sí misma. —Guillermo Núñez Jáuregui

Sergio González Rodríguez

El hombre sin cabeza

Anagrama-Colofón, México, 2009, 192 pp.



Desde la publicación en 1965 de *A sangre fría*, de Truman Capote, la *non-fiction novel* ha adquirido importancia en los ámbitos periodístico y literario. En México, sin embargo, pocos han logrado destacar en el género. Una de las escasas excepciones es Sergio González Rodríguez (México DF, 1960). *El hombre sin cabeza*, su trabajo más reciente, se despliega entre el ensayo, la crónica, la entrevista y la autobiografía. El autor se preocupa por dar a conocer información —es un acercamiento al fenómeno de los decapitados por el narcotráfico en nuestro país— con un estilo a la vez sobrio y revelador, combinando las virtudes de sus trabajos anteriores —la lucidez indagatoria de *Huesos en el desierto* (2001) y *De sangre y de sol* (2006)— y esquivando las debilidades que los lastraban —la pretensión de abordar la mayor extensión posible de un tema inabarcable, en el primero de los libros mencionados (sobre las muertas de Juárez), o el exceso retórico en *El vuelo* (2008). Así, *El hombre sin cabeza* muestra imágenes de un paisaje heterogéneo a través de una mirada introspectiva. El resultado es una serie de estampas de lugares significativos para el relato —Acapulco, Michoacán y Catemaco— intercaladas con observaciones sobre los mitos, que de algún modo explican el origen de la despiadada práctica de la decapitación, o con afilados argumentos sobre la responsabilidad del gobierno. Un libro sorprendente y perturbador. —Abel Cervantes



Trad. del inglés de Miguel Martínez-Lage, Sexto Piso, Madrid, 2008, 116 pp.

William Gaddis

Ágape se paga

Se nos advierte: Gaddis, escritor difícil. En un autor que dio pocas entrevistas, que trabajó para ser leído y no para ser visto, la prevención sobra. Aparecida póstumamente, *Ágape se paga* (2002), su quinta novela, recuerda que la gran literatura nunca ha surgido de la facilidad. Este monólogo inclemente, esta denuncia deslumbrante de la mecanización y la democratización del arte a partir de la invención de la pianola, esta voz entonada por un narrador (Jack Gibbs, personaje secundario de *JR*, 1975) y un autor (William Gaddis, 1922-1998) agónicos posee la fuerza arrasadora de los grandes textos, y su publicación en nuestra lengua es uno de los mayores logros de Sexto Piso hasta la fecha. El relato avanza, anacolutos mediante, en distintas direcciones pero con una intención: distinguir el arte del entretenimiento. Para alcanzar este fin, Gaddis dialoga con diversos escritores, pero tiene en mente principalmente al Thomas Bernhard de *Hormigón* y *El malogrado*, novelas que lo hicieron sentir «como si me hubiesen robado mis propias ideas antes incluso de haberlas tenido yo». Pero la prosa sincopada de Gaddis no es nunca epigonal, y su vitalidad hace difícil pensar en un escritor en el umbral de la muerte, si bien su obra trata de «la entropía que todo lo anega todo a la vista lo cubre». Advierto entonces: *Ágape se paga*, uno de los grandes textos del cambio de siglo. —Nicolás Cabral